

ALCANTARA

REVISTA LITERARIA

Publicación mensual de los Servicios Culturales de la Excma. Diputación Provincial de Cáceres

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: PALACIO PROVINCIAL.—TELÉFONO 1584

Precios de suscripción

En ESPAÑA: 25 pesetas al año. EXTRANJERO: 30 pesetas
Número suelto: En ESPAÑA, 3 ptas. EXTRANJERO, 4 ptas.

SUMARIO

	Páginas	
Ala de Dios en los pinceles	3	Julio Cienfuegos Linares.
Nuestros clásicos: Soneto a El Temor...	8	Catalina Clara Ramírez de Guzmán.
«Tendencia y búsqueda de la felicidad humana a través de la historia económica».....	9	Crescencio Rubio Sáez.
Ideario Extremeño	14	Fray Juan de los Angeles.
Ausencia familiar	15	Santos Sánchez-Marín.
Tres Santos	15	Fernando Bravo.
No sé	16	Jesús Delgado.
Dedicatoria para un paisaje	16	Juan Angel Iglesias.
Cáceres y Badajoz: Viejas ciudades españolas	17	Pedro de Escalante.
La vereda	20	Francisco Emilio García.
Badajoz: Una visita a la Catedral.....	21	Eloy Soriano Díaz, Pbro.
Boceto	30	Rafael González Castell.
El «Tremendismo» en la literatura	31	Enrique Silveira Pereira.
Nostalgia	35	Eladia Montesino.
Isla en mayo	36	Manuel Pacheco.
Informaciones y reportajes: Antonio Solís Avila.....	37	Valeriano Gutiérrez Macías.
La guitarra.....	43	Pedro Romero Mendoza.
Repasando nuestra historia: Funestas expediciones de los portugueses por Sierra de Gata	48	Gervasio Velo.
Primavera.....	51	Carlos Callejo Serrano.
Sueño en la noche	52	J. Ramos Aparicio.
Extremadura y el Mar	53	Ricardo Becerro de Bengoa.
Cuatro poemas	57	Juan Crespo.
Origen de las guerras	59	Vicente Neria.
Madrigal	61	Manuel Monterrey.
El problema de la concatenación en Pindaro	62	Joaquín Regodón Marín.
El pañuelo y el beso	67	Isidro Melara Berrocal.
Crítica sin hiel	69	Un Aprendiz de Hablista.
Emoción en el recuerdo.....	72	Tomás Riego Blanco.
De todo un poco: Las valoraciones patrimoniales	74	Francisco Bullón Ramírez.
Amor errante	77	Arturo Alvarez Joven.
VI Aniversario: D. Tomás Martín Gil.....	78	La Redacción.
Mirador: Crónica	79	Curio O'Xillo.
Exposición de pintura.....	81	Joaquín Regodón Marín.
Recensiones	83	Valeriano Gutiérrez Macías.
Notas breves: De dentro y de fuera	88	José de la Peña.
Noticia de Revistas	90	José Canal.
Láminas		«Campesino extremeño», por Ortega Muñoz, fotos Pando, Javier, Arribas, Pessini, Mas, R. Beato y Claudio.



ALCANTARA



Año IX

JULIO - AGOSTO - SEPTIEMBRE

Núms. 69-70-71

ALA DE DIOS EN LOS PINCELES

UNA vez más, este tema quizá muy repetido, pero quizá más olvidado en la temática de nuestros pintores del día que ni se enfrentan con la trascendencia ni acaso hallen dentro de sí la fuerza íntima para acometer temas donde el espíritu sea algo más que simple símbolo primitivista. Una vez más hablar de misticismo y arte en sazón en que para la pintura parece Dios tema poco actual. Como si lo importante no fuera siempre más actual que lo urgente.

Misticismo y arte son conceptos poco a propósito para ser tratados de pasada en un artículo, y más propicios a un madurado coloquio y a una reflexión profunda. En definitiva, misticismo y arte son dos actitudes de un mismo estar la persona humana ante el hecho de Dios, de un mismo sentir lo trascendente de la Divinidad, sin cuya estremecedora vecindad no cabría la contemplación mística ni la sublimación de la materia y de las proporciones mensurables, que es el arte. Quizá porque una y otra cosa no sean sino la comparación, la medida de lo finito que, por fuerza, para alcanzar su más justa definición, requiere la vecindad, la presencia de lo Infinito de Dios.

Dios resulta así, intelectivamente, el meridiano por el que pasa todo el obrar del hombre, y especialmente cuando se aplica éste a considerarse, (punto de luz en la noche estrellada de la creación, insignificante átomo de las pléyades inmensas del Infinito), o cuando se aplica a crear, a especificar artísticamente lo que le rodea, sea materia, número o vibración.

Por algo las primeras manifestaciones de arte, siempre simbólicas, son mágicas liturgias que religan al hombre con lo sobrenatural. El hombre, aún inmerso en el cuerpo de la comunidad, aún no poseído de sus propias fuerzas individuales y ya pugnando por largar cabos que atraigan hasta sus playas los fugaces bajeles de Dios; por aprisionar en las líneas esquemáticas de unas pinturas

rupestres la propicia intervención de las fuerzas mágicas, de las fuerzas inmateriales que oscuramente presiente.

Y por algo también, cuando cobra conciencia de sus propias fuerzas, cuando se sabe capaz de ordenar lo que en su torno se aparece y capaz de darle forma imprimiendo a lo creado el sello de su paso, propende en definitiva a pervivir, a dejar por sobre el vencimiento del tiempo memoria no solamente biológica como las demás criaturas, memoria intelectual de su existencia, haciendo surgir la obra de arte y convirtiéndose en locatario de la inmortalidad, audaz ambición del hombre siempre sediento de vencer la muerte.

Por todo esto no me parece demasiado atrevido relacionar íntimamente misticismo y arte, dos formas amorosas del contemplar que inmediata o mediatamente buscan el mismo objeto. Y no sólo porque una y otra contemplación se den en esas cimas solitarias del espíritu humano donde se percibe el silencio de las cumbres, por aquello de que la mayoría de las creaciones humanas requieran para su aparición ese silencio y soledad que ciertas sales precisan para lograr sus más bellas y fabulosas cristalizaciones. Sino porque en una y en otra forma se respira el mismo oxígeno generador de vida, el puro aire de las montañas estremecido por los vuelos angélicos de las criaturas de Dios.

Misticismo en el arte será siempre, llana e irrespetuosamente, albarda sobre albarda, si no queremos expresar una mayor y férvida entrega en la contemplación artística, un paroxismo en la intencionalidad del creador que busca inmediatamente lo que mediatamente su pluma, sus pinceles o su buril ya están cantando. Y a este respecto es necesario señalar la adecuación de ciertas épocas y de ciertos hombres a veces de una raza, para este paroxismo de la contemplación artística que convierte en místicas sus creaciones. De aquí que la reflexión del hombre ante Dios se convierta en género literario en España, con sus trescientos místicos, con sus tres mil obras en que se van componiendo los más variados salterios a la Divinidad.

Hay épocas en que el arte es esencialmente religioso y sus expresiones rayan en misticismo. Domina entonces el valor ético. Cabría, por tanto pensar que en aquellas otras épocas en que domina el valor estético, según la conocida teoría de los valores, priva lo artístico y que por tanto se contraponen misticismo y arte en la misma medida que religiosidad y paganismo. Efectivamente los mejores ejemplares del arte plástico respiran un ambiente pagano. Pero es que seguramente no se cae en la cuenta de que cuando se da este arte, inmediata consecuencia de un canon armónico adoptado, se está siendo tributario de un ideal matemático, a una lógica de los números que imponen una proporción, y que esta misma lógica domina en los conceptos filosóficos más alquitarados. No en vano por entonces surgen los pitagóricos cuyas más altas esferas del pensamiento están regidas por el rumbo de las estrellas, cuya astronómica perspectiva ha sido siempre para el hombre estatura de Dios. Es decir que en lo íntimo de esa sublimación de las formas ma-

teriales palpita un tributo de amor y respeto hacia quien hizo posible las divinas proporciones en cuya contemplación se recrearon los caracteres lógicos del helenismo.

Declaraciones previas éstas que nos sirven para situar a dos artistas nacidos en esta tierra en una encrucijada en que el arte alcanza un paroxismo místico inigualables. Será conveniente destacar que no todo el arte sacro es por fuerza místico, y que lo que a aquél le presta la nota de misticismo es una suerte de estado interior del espíritu que se allega bastante a la contemplación mística.

En medio de una rotunda floración religiosa, surgen dos pintores en esta tierra entre los cuales, aparte la relación de paisanaje, acaso no se encuentre otra ligazón que el sentimiento místico que a ambos los enaltece. Por eso el hecho de la coterraneidad de Luis de Morales y Francisco de Zurbarán ha movido a muchos a buscar un específico sentimiento místico en esta tierra extremeña. Ya Berjano, biógrafo del *Divino*, ha tratado de extraer consecuencias raciales de la finura espiritual de una gente, la extremeña, en las que se ha creído ver siempre predisposición soledosa, y ya sabemos hasta qué punto la soledad conduce a las alturas de la mística.

Sin embargo digamos que entre Morales y Zurbarán media una gran distancia en el tiempo y también en el espacio; el que media entre la cernida austeridad de las vegas guadianeras y el claro fondillo bético de la tierra de Zurbarán, orientado hacia la escuela sevillana, ya en su tiempo inficionada de barroquismo contrarreformista. Puestos a comparar, Morales se nos aparece como un místico de mayor profundidad que Zurbarán. Para Morales las figuras efigiadas gozan de una luz interior fácilmente transcendida a través de los cuerpos, vasos de alabastro para la llama viva del alma. Ver una figura de Morales es leer una página de San Juan de la Cruz. Cuando el místico habla de que «hay que meter la mano en el corazón y escudriñar con candelas encendidas» nos parece que nadie como Morales supo hacerlo con sus figuras, y ahí quedaron las «candelas encendidas» eternamente consumiendo la entraña de los empalidecidos cuerpos, cuyos livores resplandecen de sobrenaturalidad.

Morales está a caballo entre el primitivismo goticista y el Renacimiento ya frondoso en Italia e iniciado en el resto de Europa. Mas en esta coyuntura de difícil entronque, Morales liga por arriba y sublimiza una y otra tendencia. Las formas rígidas y pesantes del goticismo empiezan a volar hacia más aladas metas en las tablas de Morales gracias al soplo ligero del Renacimiento, mas este soplo no consigue humanizar y trivializar las figuras divinas, logrando así un equilibrio de expresión en que lo menos importante es la consecución plástica, que adviene por añadidura a estos salterios místicos que son las tablas del pacense.

Mas hay otro rasgo específico que luego volveremos a sorprender en Zurbarán y que es el realismo tan español de su contemplación. El Beato Angélico, en una línea similar de misticismo, emprende un camino casi litúrgico de oros oferentes y una gama de rosicleres en

que se ciega la expresión. El Beato pudo pintar de rodillas y el mundo de sus tablas y frescos es un trasmundo al que se asoma con anihilamiento místico.

Morales, como buen místico español, no sufre anihilamiento de su personalidad y atrae a Dios hacia su mundo bruno y tostado por el resol extremeño. Sus figuras tienen la morenez cetrina de nardo que todavía sorprendemos en los ejemplares finos de esta raza, y sus modelos pudieron pasar su aguilena melancolía por las calles del Badajoz de fines del XVI.

De los someros datos biográficos que conservamos de él poco puede desprenderse en cuanto a influencias de escuelas y, sobre todo, en cuanto a su formación espiritual. Pocos artistas como él han logrado en vida un predicamento semejante y es paradigmático todavía en el pueblo «pintar como Morales». Pero este renombre artístico no debió sustraerlo a la soledad, a las largas paseatas cerca del río manriqueño por donde el sol se pone tras una agonía inacabable y lenta en una eclosión de colores pastosos y nobilísimos que muchas veces hemos visto reflejados, copiados en una interpretación casi teológica en sus Calvarios, como si la renovada muerte solar fuera para Morales una eterna recordación del sacrificio de aquel que fué Amor de los Amores. En esos calvarios de Morales que gusta representar siempre en el momento más decisivo del triunfo del amor, obsesión y centro de la contemplación mística para los españoles desde Raimundo Lulio hasta Fray Luis, y por eso alcanza sus más personales realizaciones en las «piedades».

También Zurbarán, el otro gran pintor de la raza extremeña puede considerarse místico. Zurbarán pinta temas religiosos de honda vida espiritual. Lo que pasa es que aquí ha triunfado aún más el realismo, ese realismo que es, ya lo hemos dicho, nota destacada del misticismo español. Menéndez y Pelayo ha dicho que el hombre español es «poco propicio a las abstracciones y propende a la acción». De aquí se ha querido extraer el amor al realismo y esa abigarrada confusión de materia y espíritu tan propinqua al hombre de nuestra tierra y que tuvo su definición en las cacerolas teresianas.

De una manera originalísima (rayando casi los límites de las teorías freudianas) Allessandro Peers ha insinuado que el amor al realismo en el místico no es sino una como exaltación del subjetivismo que pudorosamente trata de ocultarse tras la jerarquía de lo objetivo externo, encontrando su más adecuado cauce para manifestarse en la fiel realidad que transparenta el espíritu sin deformación.

Si es así Zurbarán acusa esa timidez, ese pudor de los sentimientos elevados, que es tan frecuente en nuestros hombres, la ternura de cuyos ojos es preciso buscarla muy dentro de su emboscada mirada, y la flor de la sonrisa muy bajo el soturno gesto de los maxilares. Acaso sea esta impresión iconográfica lo que más claramente se nos manifiesta en el autorretrato del pintor de hundidos cuévanos y brilladoras chispas en los ojos, de descarnada nariz y grave gesto, que parece escuchar la palabra del Cristo atarazado en la Cruz. Un Cristo con cuerpo delgado y moreno de labriego cimbreño

de este secano secularmente quemado por las heladas de un cielo extremo.

Arquetipo de la temática zurbaranesca es la vida monacal. Pero la vida efígrada en los cuadros, es vida humana, con todas las servidumbres de la realidad en que se mueve lo cotidiano de los cenobios. Los monjes, a veces salidos de la gleba, monjes populares, capaces de representar una tipología racial del hombre del XVII, cumplen sus menesteres domésticos, viven la prosa, dulce en su sencillez del monasterio. Sólo en lo hondo de los ojos, aquellos hombres de mal cuidada barba, de descuidado atuendo, quizá de vulgares rasgos, guardan la última grandeza de su diálogo con Dios. Pero el pintor busca además un empaque para sus figuras fuera de los rasgos fisionómicos. Un empaque colorista que trasciende de los hábitos entonados en una gama cálida en que la pureza se hace de azucena no a fuerza de blancura, sino a fuerza de fundir en el crisol del blanco una entonación cálida de ocre y de sienas que es lo que caracteriza la vibrátil impresión de los blancos zurbaranescos, tan alejados de la mortecina gama de azules en que se han complacido los demás pintores, incapaces de extraer de los colores tradicionalmente materialistas un tan elevado espiritualismo como consigue Zurbarán.

Aquí, en esta peculiaridad técnica, única en el pintor de Fuente de Cantos, hay que encontrar su genio dotado para hacer místico un trozo de lienzo, para hallar a Dios entre los sienas como la de Avila lo hallaba entre las cacerolas.

Uno y otro, Morales y Zurbarán constituyen la más definida versión artística de Extremadura, y uno y otro son artistas místicos para los que pintar es dialogar con la Divinidad. Ellos han conseguido para nuestra tierra, la tierra de Pedro Garabito, el santo alcantarino, el dictado de misticismo capaz de encontrarse con la mirada de Dios en la lumbre de los atardeceres que descienden sobre la campa extremeña en una comunión de enrojecidos violetas y de amaratados ocre que se confunden como si en el horizonte, entre cielo y tierra, se perdiera la línea de la luz que para el español ha sido eje diamantino de sus anhelos vaporosos, esos vapores que Oliveira Martins descubría como capaces de sorber la fantasía del peninsular en una confusión entre realismo y misticismo que polarizan los dispares y encontrados ideales de estos espíritus contradictorios.

JULIO CIENFUEGOS LINARES

PARA suscribirse a «ALCÁNTARA»

basta con llamar los días laborables al teléfono
n.º 1584, desde las diez a las trece y media horas.